

de relaciones comerciales y económicas siempre atento a los vaivenes de la economía nacional e internacional, a lo menos a partir del último cuarto del siglo pasado. Ahí se muestra cómo desde entonces se mantuvo una *cultura de modalidades no agrícolas* de trabajo en un medio marcado por la rusticidad, adelantándose de alguna manera a ciertas políticas de la era posrevolucionaria.

La autora detecta dos grandes procesos de diversificación económica desde 1920. En la segunda etapa, la manufactura del calzado predominará en relación a la del sombrero. Cabe resaltar la importancia que se da al rol de la mujer, al trabajo femenino a domicilio o en talleres y fábricas, lo cual ha venido a subvertir en cierto modo algunas relaciones al interior de la unidad doméstica. Así, vemos que los procesos de "modernización" —que implican por definición las nociones de diversificación y especialización— acelerada de las dos últimas décadas, están hondamente enraizados en la historia regional.

El tema y la forma de abordarlo se sitúan en una zona de frontera de cruce interdisciplinario. ¿Y acaso no es la idea de frontera o límite la que caracteriza a las sociedades y enfoques modernos contemporáneos, con su elasticidad y apertura frente a posturas y visiones circulares del mundo y las cosas?

Si es así, entonces estamos ante un trabajo moderno que viene a renovar la discusión sobre las sociedades enclavadas en el medio rural, las que paradójicamente, como lo deja ver bien en el texto, mantienen una tradición de cambio en el ámbito de la cultura del trabajo y de las relaciones campo-ciudad. Decir esto del hombre metropolitano tal vez no tiene problema, pero pensar lo mismo del hombre que habita las poblaciones pequeñas de México, representa un enfoque francamente novedoso y de gran interés. Un objeto de estudio que contiene las características y paradojas de la modernidad, requería de un método igualmente complejo. A eso se debe quizá que Arias haya acudido a contar historias sobre procesos sociales que la pura teoría tendería a obnubilar.

En efecto, aunque puede parecer un libro de antropología o sociología del trabajo rural —complementario o aledaño del trabajo propiamente agrícola—, me parece que también se trata de un libro de historia con buena prosa, buen ritmo y bien articulado en sus partes principales y secundarias, con evidente amor por el asunto y sus agentes, que se cuida de introducir cualquier juicio de valor que pudiera empañar la descripción. Cuenta historias para discutir con los expertos una cuestión conceptual central: la naturaleza de la sociedad ranchera del Bajío occidental.

El trabajo trata, como lo señala desde el principio su autora, de "... los cambios ocurridos en una

microregión rural del Bajío occidental en las últimas décadas, es decir, de la historia que construyeron los que se quedaron, los que lucharon para permanecer en su tierra, el viejo anhelo de la gente del campo que estuvo a punto de sucumbir...", pero que encontraron la menra de hacerlo con base en sus tradiciones. Así, una vieja rusticidad mexicana se recrea a sí misma para responder a los desafíos de la crisis, igual que en el pasado: "... en el camino de hacerlo posible ellos y el mundo rural se transformaron, pero multiplicando las raíces de su arraigo, los motivos de su terquedad...". Por ello, ciertamente, este trabajo rompe la idea de un campo arrasado o sin salida, "... sujeto y sometido a las prioridades y objetivos del estado y de las compañías nacionales e internacionales".

Para acabar con la ficción del estereotipo del mundo rural mexicano, Patricia Arias se ha cuidado, al igual que Landívar, de "verificar, lo más singular de lo asegurado por la autoridad de los testigos oculares". Y también como aquél, se ha esforzado por encontrar los vocablos apropiados y "agregar cadencias" en temas o enfoques totalmente nuevos.

Gracias a la escritura de este libro, el mundo del Rincón ha sido devuelto al centro del entrecruce de caminos que enmarcan la modernidad, aunque hay que tener también en cuenta que lo que define a nuestra época es precisamente su ausencia de centralidad.

Guillermo Zermeño Padilla
Universidad Iberoamericana,
Departamento de Historia.

105

MARIO CERUTTI

BURGUESÍA, CAPITALES E INDUSTRIA EN EL NORTE DE MÉXICO. MONTERREY Y SU ÁMBITO REGIONAL (1850-1910)*

El siglo XIX en México (1810-1910) puede ser considerado como la etapa de transición en-

* Cerutti, Mario. *Burguesía, Capitales e Industria en el norte de México. Monterrey y su ámbito regional (1850-1910)*, México, Alianza Editorial, 1992.

tre el sistema colonial y uno capitalista. En este periodo se iniciaron procesos y se generaron cambios de gran envergadura como la formación del Estado-nación, de su mercado interno, su vinculación con el capitalismo mundial al calor de las relaciones impuestas por la revolución industrial y la reproducción ampliada del capital, y la aparición de nuevos sujetos sociales como el burgués y el obrero.

Para explicar estos fenómenos, los analistas sociales han recurrido a esquemas que resaltan el papel jugado por un poder central y por factores externos, o que incluso tienen como modelo a procesos históricos de otras latitudes, llámense Inglaterra, Alemania, Francia o Estados Unidos de América.

Los últimos quince años de historiografía regional en México¹ han dejado claro, por un lado, que es cada vez más difícil pensar al siglo XIX mexicano como un proceso nacional y homogéneo debido a que antes de 1880 el poder central fue, en la práctica, casi inexistente. En cambio, se ha podido encontrar y explicar la existencia de poderes económicos y políticos regionales que finalmente dieron forma al actual Estado-nación. Por otro lado, los procesos internos tuvieron gran peso en esa transición.

Para Mario Cerutti la perspectiva regional ha mostrado su eficacia para el estudio del siglo XIX en México porque estudia espacios territoriales menores al nacional y va más allá de los aspectos geográficos, pero también porque las investigaciones son realizadas en los mismos espacios regionales, usando fuentes primarias localizadas en los centros locales de documentación. Además, fue en estos ámbitos donde se materializaron los procesos desiguales de estructuración de la burguesía mexicana en el siglo XIX.

En texto que nos ocupa, es la condensación del trabajo de Cerutti dentro de esta perspectiva metodológica aplicada al estudio de la formación y consolidación de grupos burgueses en el "sistema

del norte", que comprende fundamentalmente los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, pero cuya influencia llegó hasta Durango, Zacatecas y San Luis Potosí. La ciudad de Monterrey es el centro de sus operaciones y asiento del poder político y militar de la región.

El proceso de formación y consolidación de esta fracción de la burguesía mexicana puede ser ubicado en el periodo que va de 1850 a 1910, en el cual se pueden distinguir dos etapas básicas. La primera (1850 a 1890) se caracteriza por la acumulación en unas cuantas familias de capital-dinero vía el comercio, legal e ilegal, que efectuaron gracias a la modificación de la frontera norte de México en 1847, y por el uso crediticio especulativo del dinero que usufructuaba las necesidades político militares del poder público y de sectores privados (pequeños comerciantes o productores) del área. En esta etapa cabe destacar la actuación de Santiago Vidaurri, cabeza del poder regional, quien mediante una política arancelaria y aduanera creó las condiciones para un comercio fructífero, convirtiendo a Monterrey en un punto de enlace con el mercado interno y el extranjero, principalmente el de los Estados Unidos de América, que a su vez incentivó la producción agropecuaria del norte mexicano. Los artículos que más se intercambiaban eran la plata, el ganado, lanas, cueros, minerales en bruto para uso industrial por parte de México, y se importaban textiles, algodón, tabaco, alguna maquinaria, instrumentos para la producción de relativa complejidad y todo tipo de manufacturas que podían competir con las europeas. En el periodo vidaurrista surgen poderosas casas mercantiles como la de Patricio Milmo, los Hernández, los Zambrano, los Rivero y los Madero.

A partir de 1870 esos negociantes aunaron a sus actividades mercantiles-financieras el control, apropiación o extensión de tierras rurales y el uso de las mismas con criterios productivos (agropecuarios, mineros y forestales), principalmente en los estados de Coahuila, Tamaulipas y Durango, pasando a ser no sólo intermediarios sino también propietarios de bienes y medios de producción. Los mecanismos que facilitaron esta apropiación territorial fueron la expulsión y/o exterminio del indígena seminómada, la desamortización de bienes de corporaciones y la expropiación de latifundistas simpatizantes de los conservadores, así como la actividad de las compañías deslindadoras. La familia Madero es un buen ejemplo de este proceso, pues fue la precursora de la vinculación con la zona lagunera.

La segunda etapa de formación y consolidación de la burguesía del noreste del país se dio durante las décadas de 1890 a 1910. La paz porfiriana, la protección de las clases dominantes, la estabilidad económica que brindó la readecuación de México

¹ Producto de este ejercicio historiográfico son los trabajos de Alejandra García Quintanilla, "La producción azucarera de Yucatán a mediados del siglo XIX", Leticia Gamboa, *Los empresarios de ayer*, Romana Falcón, "Las raíces de la Revolución. Evaristo Madero: el primer eslabón de la cadena", Domenico Sindico, "Inmigración europea y desarrollo industrial. El caso de los Ferrara en Monterrey", Bernardo García Díaz, *Un pueblo fabril del Porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, Héctor Díaz Polanco, *Formación regional y burguesía agraria en México (valle de Santiago, El Bajío)*, Oscar Flores Torres, "La burguesía regiomontana: el asalto al poder político. Monterrey, 1911-1923", Juan José Gracida, "Acumulación originaria del capital agrario en Sonora", Sergio Florescano Mayet, "Origen y desarrollo de la industria textil veracruzana en el siglo XIX: el caso de Jalapa y su región, 1837-1845" y el mismo Mario Cerutti.

a la economía internacional (expansión de la industria de Estados Unidos de América), la articulación del mercado nacional gracias a leyes modernas, la red ferroviaria y de comunicaciones, la relativa unificación de los precios, el crecimiento de la producción en gran escala y su rápida distribución fuera de la localidad, el aumento de la población y del consumo productivo, la existencia de un mercado de capitales, de tierras y el libre desplazamiento de la fuerza de trabajo, sumados a la política regional de respaldo a la producción de Bernardo Reyes, facilitaron que los capitales y bienes acumulados antes de 1890 se volcaran hacia la producción capitalista con gran dinamismo y capacidad de diversificación (industrias mineras, metalúrgicas, siderúrgicas, comunicaciones, bancos, servicios, producción de bienes para el consumo productivo y personal, actividades agropecuarias, comerciales y financieras).

La necesidad de mayores capitales llevó a la centralización y concentración del capital, lograda por la adhesión de nuevas familias, de empresarios poderosos de otras regiones de México, o de inversionistas extranjeros, ya por la vía de los matrimonios o de las sociedades anónimas. Entre los nuevos apellidos destacan los Mendirichaga, Armendaiz, Maiz, Sada, Garza, Muguerza, González Treviño, Ferrara, Belden, Bernardi, Creel y Casasús, entre otros.

Las plantas de metalurgia básica y la producción para el consumo productivo dieron a Monterrey un perfil único en América Latina y lo convirtieron en uno de los ejes económicos de su ámbito regional. Mas no crearon la posibilidad para que surgiera una economía autosuficiente que contribuyera a dar otro sentido al desarrollo capitalista de México debido a la relación que tenía con las economías avanzadas, especialmente con la de Estados Unidos, quien la proveía de maquinaria, equipos, insumos intermedios y hasta materias primas. El interés empresarial en transformar los procesos productivos y su articulación con un desarrollo capitalista autónomo no se presentaron para esta fracción de la burguesía nacional. Sin embargo, sí se configuró un empresariado dinámico, modernizante, capaz de actuar con el capital extranjero y de diversificar sus inversiones.

Dignas de resaltar son las dos formas de abordar el objetivo por parte del autor: desde los aspectos social e individual. Muestra de éste último es la presentación de dos casos significativos, el de la familia Madero, que puede considerarse como un elemento de la burguesía, y el del general Gerónimo Treviño, quien sin pertenecer a la burguesía tradicional, pasa a formar parte de ella usufructuando sus relaciones y posición política.

Con este texto, Cerutti deja claro que el agente socioeconómico que él llama burgués, en el Méxi-

co decimonónico, dedicó el excedente social que llegó a sus manos para asegurar la reproducción ampliada del capital, mientras se construyeron las condiciones económicas y políticas adecuadas para la inversión productiva. Por tanto, para comprender el proceso de formación y consolidación de la burguesía hay que estudiarla a partir de lo que es su objetivo principal: reproducir el capital, independientemente de su interés por generar economías industrializadas y autónomas.

Lucila Rojas Olvera

107

MIGUEL GONZÁLEZ AVELAR

*CLIPPERTON, ISLA MEXICANA**

México, a lo largo de su historia, ha sido un país perdedor de territorios. En la Colonia, nuestro país alcanzaba las dimensiones de un subcontinente desde el noreste de los Estados Unidos hasta la provincia de Panamá; para el siglo XIX, primero se perdieron los territorios centroamericanos con la caída del Imperio de Iturbide, posteriormente los territorios al norte del río Bravo a raíz de la guerra con los Estados Unidos, más tarde La Mesilla en el norte de Sonora y finalmente Belice. Esto sumó cerca de 2 500 000 kilómetros cuadrados de territorio, dejándolo con los 2 000 000 que tiene actualmente.

Para el siglo XX el país tendría otra pérdida territorial, pequeña, pero significativa. Se trata de la Isla de la Pasión o Clipperton.

Este reciente trabajo de Miguel González Avelar trata, precisamente, de la invasión y despojo de un pequeño atolón de nuestro territorio nacional. Es la historia de una parte olvidada de nuestro país.

Aislada en las inmediaciones del Pacífico, con unos seis kilómetros de largo por dos de ancho, la isla Clipperton dista unos 1 200 kilómetros del puerto de Acapulco, y cerca de 900 de la isla mexicana Socorro en el Archipiélago de Revillagigedo. Fue descubierta en 1526 por el navegante español Álvaro de Saavedra durante su ruta al Maluco, y se le conoció con el nombre de isla de Médano o Médanos; la visitaron esporádicamente navegantes portugueses, españoles, ingleses y

* González Avelar, Miguel. *Clipperton, isla mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 249 pp. y mapas.